



LÁZARO .



I.

Iba acercándose el mes de Nissam, sagrado entre los judíos, trayendo las simbólicas hogueras y los corderos sin mancha de la solemne Pascua; y con este motivo, una dulce agitacion reinaba en todas las almas, y brillaban los semblantes con la expresion del placer y del contento.

Pero no hay luz sin sombras; y así tambien en medio de la alegría de todos los pueblos de Israel habia una pobre aldea recostada á la falda de una montaña entre nopales y terebintos, que yacia sumergida en una profunda tristeza.

Llamábase *Bethania* ó «casa de afliccion» y su aspecto el dia de que vamos á ocuparnos, correspondia perfectamente con su nombre.

Los pocos habitantes que tenia se hallaban dolorosamente afectados por la desgracia con que se veian amenazados á causa de la grave enfermedad de un hombre que era su providencia y su espíritu tutelar.

Así es, que el magnífico castillo que habitaba á corta distancia de la poblacion, se hallaba constantemente asediado de gentes que pedian de momento en momento noticias sobre su estado.

Este hombre, tres veces ilustre, por sus virtudes, por su cuna y por sus riquezas, se llamaba Lathzaharr ó Lázaro; y vivia en compañía de sus dos hermanas Martha y Mirjham, ó María Magdalena.

Martha, que era la mayor de ambas, revelaba en su bondadosa

mirada toda la ternura de sus sentimientos, y era una de esas santas criaturas que viven perpétuamente sacrificadas á los que están á su lado, sin ocuparse nunca de sí mismas; piadosa y modesta desde sus más tiernos años y sin más ambicion que la de cumplir con sus deberes con Dios y con los que la imponia el cuidado de su familia, de la que nunca se habia separado, iba pasando su vida sin que ni una pasion ni un desengaño, hubiese llegado á turbar la dulce serenidad de su alma.

En cambio María hacia poco tiempo que habia vuelto á la compañía de sus hermanos, á quienes habia hecho derramar muchas lágrimas por la fastuosa y disipada existencia que la dió una triste celebridad en toda la Judea.

Habiendo quedado independiente y rica en la edad más peligrosa de la vida, con una hermosura que la hacia distinguirse entre las hijas de Israel que tanto brillan por ella, y al mismo tiempo viciados el espíritu y el corazon al muelle y enervador influjo de la sensual civilizacion romana, se vió arrastrada por su temperamento de fuego á la embriaguez del placer y los deleites.

Pero iluminada al fin por la sagrada luz de la gracia, trocó las galas y las pedrerías por la ceniza y el saco; y castigando sin piedad aquel delicado cuerpo con tan voluptuoso esmero cuidado hasta entónces, fué á llorar sus extravíos en el seno siempre cariñoso de sus virtuosos hermanos.

Mas en esto Lázaro cayó enfermo, y ella, que atribuía á sus culpas la desgracia que le amenazaba, se clavó tenazmente al pié de su lecho, y con los ojos enjutos, aunque el corazon desgarrado por el dolor, seguía con inexplicable ansiedad todas las alternativas de su mal.

Sin embargo, el enfermo se agravaba; y en vano la apasionada María ofrecia á Dios su vida por la salud de su hermano; en vano la cariñosa Martha hacia venir de Jerusalem á todas horas los más afamados médicos; Lázaro caminaba con aterradora rapidez á la muerte.

Aquella noche era la última que segun los pronósticos de los doctores podria resistir con vida; y como siempre, María se hallaba arrodillada á sus piés, mientras Martha salía á cada paso del cuarto para no afligir á sus hermanos con los sollozos que la ahogaban.

Una de las veces que volvió, se acercó al oido de su hermana y la dijo en voz baja:

—El mensajero ha vuelto.

—¿Ha visto al Maestro?

—Lo ha encontrado en Bethabara.

—¿Cuándo podrá llegar?

—¡Mañana para la tercia!

—¡Oh! exclamó con ardiente confianza María. ¡Si el Maestro viene Lathzaharr se salvará!

Pero Lázaro á los pocos momentos entró en la agonía; y mientras María clavaba su mirada preñada de inconsolable amargura en el rostro del enfermo, Martha abandonó la cámara para entregarse libremente al llanto.

Las mejillas de la Magdalena se ponian cada vez más lívidas y los estremecimientos convulsivos de su cuerpo eran cada dia más violentos. De pronto su hermano abrió los ojos y mirándola fijamente murmuró:

—¡Mirjham! ¿Por qué estás siempre arrodillada y postrada á mis piés?

—Porque he sido la vergüenza de tus dias, y el escándalo de Israel!

—¿No te ha perdonado el Maestro?

—¡Oh, sí! exclamó con arrebatadora vehemencia María.

—¿No te ama el Maestro?

—¿Amarme el Maestro.... Lathzaharr? ¿Y quién merece que Él le ame? Sin embargo, continuó diciendo, mientras resplandecian sus miradas con el fuego de una pasión santísima; sin embargo, el último dia que de vuelta para Galilea se detuvo en esta casa, mi corazón volaba á Él con toda la vehemencia, con todas las fuerzas, con todos los ímpetus de su amor, y no obstante, yo, llorando lágrimas amargas, me apartaba de Él por no mancharle con mi aliento; pues ¡ay! he sido la piedra de la murmuración y pecadora en la ciudad. Mas Él, desviándose de los suyos, vino á mi lado y me dijo: «¡Alza la frente, Mirjham! ¡Amas mucho, y te se perdona mucho! Cuando estos tiempo pasen, y donde quiera que mi Evangelio se predique, ¡nombre de bendición será el tuyo entre los hijos de vuestros hijos!»

María calló, y su hermano, con voz moribunda, dijo:

—¡A quien el Maestro perdona.... todos deben perdonar. A quien el Maestro ama, todos deben amar. Yo te perdono y te amo, Mirjham. Levántate, pues, del suelo, y dame el beso de paz!

—¡Besaré tus piés, Lathzaharr! Los piés de mi hermano y mi señor que tanto he ofendido. ¡Oh! harta honra es para mujer tan indigna respirar el aire que tú respiras, y ver la luz que tus ojos ven.

—Hágase como quieras, murmuró débilmente el enfermo volviendo á cerrar sus fatigados ojos.

—El Señor te bendiga, balbuceaba María; el Señor bendiga tus palabras, que traen el consuelo al corazón de tu hermana.... Porque ¡ay! sus pecados son los que han llamado á la casa de sus padres estos días de amargura y llanto.

Y la pobre jóven, ocultándose del enfermo, se retorcia con dolor inmenso las manos.

Entretanto, los habitantes de Bethania, agolpados á las puertas del castillo, elevaban sus plegarias al cielo por la salud del enfermo.

Pero pocos momentos despues, los gemidos y los sollozos de los servidores del castillo vinieron á anunciarles su funesta muerte; y los pobres aldeanos, derramando amargas lágrimas, se retiraban tristemente á sus casas, pagando con su sentimiento un tributo de gratitud y de cariño á la memoria bendita de su bienhechor y su padre.

Hacia pocos momentos, en efecto, que acababa de espirar Lázaro; y mientras Martha, dando dolorosos gemidos, besaba una y otra vez su helado rostro, Mirjham, con la frente apoyada en sus piés, murmuraba con los ojos secos, pero el corazón despedazado:

—¡Mis pecados le han llevado! ¡Oh, si el Maestro hubiera estado aquí, no hubiera muerto!

II.

Estaba espirando el invierno, y á pesar de la crudeza del tiempo se notaba una extraña y desusada agitación en Bethabara de Galilea, pequeña aldea situada en las riberas del Jordan.

Era que de vuelta de la Judea, se encontraba allí con sus discípulos Aquel que llenaba ya con el ruido de su nombre todos los ámbitos de Israel; Aquel á quien sus enemigos llamaban por escarnio el Galileo, los pueblos el Profeta, y sus discípulos el Cristo de Dios.

Todos los caminos y todos los senderos se veían cuajados de gentes; pues lo mismo en Bethabara que en todas partes, por donde quie-

ra que Él iba, los enfermos abandonaban sus lechos, los ricos olvidaban sus riquezas, y los esposos y las esposas, y los padres y los hijos, se separaban unos de otros por hallar alivio á sus males, ó por ganar el reino de Dios.

En vano el sacerdocio con la inmensa influencia de su ministerio, las clases altas con el poder de sus riquezas y el mundo oficial con la accion de un gobierno despótico, se oponian resueltamente á sus conquistas; las muchedumbres, arrastradas por las esperanzas divinas que ofrecian á sus almas desterradas del mundo, corrian entusiasmadas tras las huellas de sus pasos, aspirando con avidez sus consoladoras palabras.

En vano por desacreditarle á sus ojos sembraban á su paso la impostura y la calumnia; en vano por apartarlas de su lado recurrían á la violencia, á la seducción y al engaño; Jesús levantando los ojos y señalando con segura confianza al cielo: ¡Bienaventurados los pobres, les decia, porque de ellos será el reino de Dios! Y los miserables y los pobres, en fin, los desheredados del mundo, se precipitaban á los pies de aquel Hombre que, léjos de rechazarlos, los amaba, los bendecía y les prometia un mundo mejor.

¡Bienaventurados, añadía, los que sufren y los que lloran! ¡Bienaventurados los perseguidos por el ódio, por las calumnias y por el desprecio de los hombres, pues ellos serán consolados! Y ¡ay! ¡todos los corazones desgarrados y todas las almas dolientes corrian á beber en sus ojos el bálsamo consolador para sus pesares!

¡Oh! ¿qué podían las sórdidas intrigas y las miserables sofisterías de los grandes del mundo, si un rastro de bendición acompañaba do quiera sus pasos; si al brillo de sus miradas se enjugaban todas las lágrimas y se aliviaban todas las penas; si al poder de sus palabras se purificaban las llagas del alma y se curaban los males del cuerpo?

¡Por eso á donde quiera que fuera le seguían en tropel niños y viejos y hombres y mujeres, sin preocuparse de lo que habían de comer, ni cómo podrían vivir; que Él era para sus almas el alimento y la vida!

Así es como se había reunido también en Bethabara tanta multitud de gente en cuanto cundió por los contornos la noticia de su llegada.

Los discípulos, formando un muro en torno suyo, contenían con trabajo las oleadas de las turbas; pero de tiempo en tiempo algunos niños, deslizándose como culebras por entre sus piernas, pugnaban

por acercarse á Jesús, pues habian llegado á conocer la ternura con que los amaba.

Los discípulos se incomodaban, pero su Maestro, saliendo a su encuentro, les decia:

—Dejad á los niños que vengan á mí, y no se lo estorbeis; porque de tales es el reino de Dios.

Envalentonado sin duda con estas palabras uno de ellos, blanco y hermoso como un ángel, se puso de un brinco á su lado, y doblando las rodillas levantó con las manecitas la orla de su túnica y la llevó respetuosamente á sus lábios.

Entónces Jesús, sentándole sobre sus rodillas, lo acarició diciendo:

—En verdad os digo, que el que no recibiere el reino de Dios como niño, no entrará en él.

Levantóse luego, y abrazándolos á todos, uno en pos de otro, les fué despidiendo dándoles la bendicion.

Los niños, diseminados entre los grupos, eran arrebatados al aire; pues todos querian tocar aquellas cabezas y besar aquellas mejillas santificadas con los lábios del Profeta de Dios.

En esto, un hombre con el rostro bañado en sudor y todo cubierto de lodo, entró por medio de las masas, atropellando á unos y apartando bruscamente á otros; y así que hubo logrado llegar hasta cerca de Él, inclinóse respetuosamente y le dijo:

—*Señor, hé aquí que el que amas está enfermo.*

Dicho esto voivió á saludarle, y desapareció entre la muchedumbre.

Los discípulos, confusos ante la significacion de aquellas misteriosas palabras, se preguntaban con cierta emulacion, quién era aquel enfermo que tenia la presuncion de ser amado del Maestro hasta el punto de creerse conocido por esa circunstancia, sin necesidad de declarar su nombre.

—Jesús, mirándoles á uno tras otro, les dijo:

—*Esta enfermedad no es para muerte, sino para gloria de Dios, á fin de que sea glorificado el Hijo de Dios por ella.*

Viendo despues su curiosidad les declaró que el enfermo á que se referia el emisario era Lázaro su amigo, que se hallaba moribundo.

A pesar de esto, Jesús continuó predicando y enseñando, con gran asombro de ellos, que no podian comprender cómo abandonaba de aquel modo en sus últimos momentos al hombre que amaba tanto.

Y así pasaron dos días, y ya ellos habían dado al olvido este incidente, cuando al llegar el tercero les dijo el Maestro:

—*¡Volvamos á Judea!*

Al oír estas palabras los discípulos quedaron consternados; y no era de extrañar, pues hacia aún muy poco tiempo, que hallándose en Jerusalem con motivo de la fiesta de los Tabernáculos, sus enemigos pusieron tantas y tales asechanzas contra su vida, que tuvieron que abandonar la Judea, sino habían de ser víctimas de su ódio y de su enemistad.

—Así es, que exclamaron temerosos:

—*¡Maestro! ¿ahora querían apedrearte los judíos y vas allí otra vez?*

Pero Jesús, reconviniéndoles por la eterna desconfianza que tenían de su poder, y por el grosero temor á los peligros del mundo, les contestó:

—*¿Por ventura no son doce las horas del día? Pues el que anduviera de día no tropieza, porque vé la luz de este mundo. Mas si anduviere de noche, tropieza, porque no hay luz en él.*

Euseñándoles así que todo el poder del mundo no era bastante á acortarle una hora de vida mientras Él no lo dispusiere en sus designios eternos.

Calló un momento, y en seguida preparándose á emprender la marcha, dijo:

—*Lázaro nuestro amigo duerme, mas voy á despertarle.*

Pero ellos, creyendo que se refería al sueño natural, replicaron:

—*¡Señor, si duerme, será sano!* murmurando algunos por lo bajo. Y en tal caso, ¿á qué exponer nuestras vidas volviendo á Judea?

Mas Jesús repuso:

—*Lázaro es muerto. Y me huelgo por vosotros de no haber estado allí, para que creáis con más firmeza que hasta ahora. ¡Vamos á él!*

Al decir esto echó á andar, mientras sus discípulos, fluctuando entre el temor á los peligros y la adhesión que le profesaban, se entregaban entre sí á una desordenada y confusa gritería.

Pero viendo al fin, que el Maestro continuaba andando, sin parar en ellos, Tomás llamado divino se dirigió á Él, arrastrado por su amor y acaso por la esperanza de que desistiría de su intento al ver su resolución de exponer por Él sus vidas, y cuando estuvo á su lado exclamó con voz alta:

—*¡Vamos también nosotros y muramos con Él!*

A pesar de esto, Jesús continuó su marcha; y en su vista, aquellos hombres que en medio de sus groseras imperfecciones adoraban á su Señor hasta el punto de serles ya imposible vivir apartados de Él, fueron acercándosele poco á poco y en breve todos reunidos se dirigieron á Bethania, que distaba de allí como unas tres jornadas.

JUAN V. ARAQUISTAIN.

(Se concluirá).

EUSKAL-IZKRIBATZALLEEN LIBURUETATIK BEREZITUTAKO LOREAK.



Atsegiñ dugu beti ere kausitzeaz zerbait konsolagarri; eta nekez gure buruei uko egiten diogute.

Ez bekizu damu adiskide batek uzten zaituenean; oroitzaite noiz-bait berdiñ bear dugula elkarganik berezitu.

Gudu luze eta gogor bat egiñ bear dio bere buruari gizonak, bere burua osoki garaituko badu, eta bere naikunde guziak Jainkoaganat itzuliko baditu.

Ez dut egundaiño kausitu gizonik aiñ debotik eta kartsurik; zeiniek ez baitu frogatu bere burua graziaz gabetua, eta leen zuen berotasunetik epeldua.

Ez da egundaiño izatu saindurik artaraiño argiturik, edo aiñ gora alchaturik, zeina ez baita leentche edo geroche izatu tentazionez umildua.

Ezen gora guziak ez dire saindu, ezti diren guziak ez dire on,



L Á Z A R O .



III.

Desde el mismo día en que ocurrió la muerte de Lázaro, principiaron á venir los parientes y amigos de la casa á visitar á sus hermanas, pero el quinto de su fallecimiento, que era el cuarto de su entierro, era extraordinaria la afluencia de gente.

Además de la proximidad de Bethania á Jerusalem, y de los vínculos de parentesco y amistad que unian aquella familia á toda la aristocracia judáica, contribuian especialmente á ello las íntimas relaciones que sostenian con Jesús, á cuya circunstancia se daba un interés que solo se comprende bien conociendo los sentimientos y las ideas, en fin, la situación moral en que vivia el pueblo hebreo en aquella época.

Reinaba en todos los espíritus un vago y misterioso presentimiento de algun grave acontecimiento, de alguna revolucion radical, que trasformando profundamente su organizacion y su vida, habia de abrir á su porvenir grandes y magníficos horizontes. Nadie se explicaba ni el objeto, ni la forma, ni la época en que podrian verificarse; pero dominaba en todas las conciencias y alhagaba á todas las imaginaciones la consoladora seguridad de que los tiempos predichos por los Patriarcas y Profetas se iban acercando, de que tocaban ya á su término los dolores del pueblo amado de Dios; y en fin, de que iban ya á cumplirse las promesas divinas hechas á sus padres, volviendo la alegría y la gloria á la desolada Sion.

De ahí la agitacion y la intranquilidad que dominaban á todos los ánimos, y la predisposicion favorable á cualquiera mudanza ó revuelta en las que veian siempre la esperanza de realizar sus indefinibles deseos; y de ahí tambien la facilidad con que eran acogidos tantos visionarios y tantos innovadores que fanatizaban de momento en momento las masas con mentidas revelaciones de poder y de grandezas.

Y como aquel pueblo, por su constitucion esencialmente religiosa, atribuia á ese suceso un origen sobrehumano, se comprende perfectamente la extraordinaria sensacion que habia de producir en el espíritu de sus hijos la misteriosa aparicion de Jesús de Nazareth con su séquito deslumbrador de prodigios y de maravillas, y con la irresistible belleza de su mística doctrina.

Y si bien es cierto que en la generalidad de las gentes, sobre todo en las clases altas, habia de ser poco profunda la impresion que causara, ya porque sus palabras y sus acciones habian de llegar desfiguradas á sus oidos, ó ya porque, entónces como ahora, el corazon humano se cierra á todo lo que puede turbarle en el goce de los placeres de la vida, el caso es que cuando ménos habia de despertar su admiracion y su curiosidad, pues todos reconocian y confesaban que en ningun pueblo, en ningun tiempo se habia presentado hombre alguno como enviado de Dios con más títulos que aquel misterioso Galileo, á cuyas palabras se rendian todas las almas y á cuyo poder obedecia ciegamente la misma naturaleza.

Así es que cuanto se relacionara con Él inspiraba entónces un interés general; y como eran conocidas de todo el mundo, y sobre todo del mundo de la aristocracia, las relaciones de amistad que le unian con Lázaro, y como aún más que eso, habia herido vivamente sus espíritus superficiales la ruidosa conversion de la Magdalena, que habia sido la admiracion y la envidia de su clase por su fausto, su elegancia y su hermosura, ardian todos en deseos de acercarse á aquella familia que tanto excitaba su curiosidad general, y no desperdiciaron la ocasion que se les presentó con motivo de la desgracia que habia caido sobre ella.

Por eso, todo lo que habia de más distinguido en Judea por su posicion, su saber ó sus riquezas, acudió principalmente el día á que nos referimos á visitar á las dos hermanas, con gran contento de los

habitantes de Bethania, que, asomados á las puertas, contemplaban con envidia sus lujosos trajes y sus deslumbradores trenes.

Sin embargo, despues de algun tiempo de tan grato entretenimiento, debió ocurrir alguna cosa que les interesara más vivamente; pues olvidándose de ellos, toda su atencion y todas las miradas se fijaron con preferencia en una alturita próxima al castillo de Lázaro, que iba llenándose de gentes que venian de Galilea, á juzgar por su direccion y sus trajes.

De pronto un nombre.... nombre adorado indudablemente por todos los corazones, pues era pronunciado con entusiasmo por todos los lábios, corrió de boca en boca electrizando sus almas; y un instante despues, hombres y mujeres, y jóvenes y viejos, corrían precipitadamente en direccion á aquel punto, gritando: ¡el Profeta! ¡el Profeta!

IV.

En una de las muchas piezas del castillo, cuajada como todas de gentes, se encontraba María tan abismada en su dolor, que ni las palabras, ni los ruegos, ni las caricias de sus amigos eran bastantes á arrancarla de su profunda abstraccion.

En sus ojos escandecidos aunque enjutos de lágrimas, en sus amaratadas ojeras y en la marmórea lividez de sus mejillas, se descubria el estrago horrible que habia hecho en ella, aquel dolor sombrío y voraz que se habia agarrado á su corazon, como la muerte á la vida.

De tiempo en tiempo salian de lo más profundo de sus entrañas, entre suspiros de fuego, algunas lúgubres palabras preñadas de inmensa amargura.

—¡Yo le he muerto! murmuraba. Mis pecados han traído la muerte á la casa de mis padres.

Entretanto, Martha corria de un lado á otro, arreglando todas las cosas, recibiendo á todo el mundo, y velando con una sonrisa de triste resignacion la honda herida abierta en su alma. Ahogando sus propios dolores, y compadecida tiernamente de los de su muy amada María, se acercaba cada momento á su lado para dirigirla una palabra de consuelo, ó para arrancarla á sus sombrías reflexiones con apasionadas caricias,

En una de las vueltas que daba por la casa, observó al pasar por la puerta que se abría al campo, que una multitud de gente se dirigía apresuradamente á la alturita próxima al castillo; y habiendo fijado por algunos momentos sus miradas en aquel punto, dió un grito de sorpresa y de alegría, y saliendo precipitadamente echó á correr en direccion á él.

Entretanto la colina se iba llenando de gentes que llegaban por todos lados; y en medio de la muchedumbre, sentado sobre un peñasco, que desde entónces es conocido con el nombre de «Piedra del Coloquio», se veía á un Hombre que dirigía una mirada de piadosa ternura á la buena Martha, que iba acercándose con toda la prisa que le permitian su traje y sus años.

Al llegar junto á Él, se prosternó respetuosamente, y con los ojos henchidos de lágrimas y la voz entrecortada por los sollozos, le dijo tristemente:

—*¡Señor, si hubieras estado aquí, mi hermano no hubiera muerto!*

Luego, levantando á Él los ojos, añadió:

—*Mas tambien sé ahora que todo lo que pidieres á Dios, te lo otorgará Dios.*

Y apenas habia concluido de hablar, cuando aquella piadosa mujer, temiendo haber dicho demasiado, bajó confundida la cabeza.

Jesús la miró con cariñoso interés, y la dijo:

—*Tu hermano resucitará.*

Pero Martha, que habia aprendido de su Divino Maestro que su reino no era de este mundo, y que sabia ya que los bienes y los consuelos que prometia se referian á otra cosa más alta que este miserable valle de lágrimas, contestó al punto:

—*Bien sé que resucitará en la resurreccion del último dia.*

Mas Jesús, con voz de dulce reconvencion, la replicó:

—*Yo soy la resurreccion y la vida. El que cree en Mí, aunque hubiese muerto, vivirá. Y todo aquel que vive y cree en Mí, no morirá jamás. ¿Crees tú esto?*

Ella, con fê ardiente y la mirada brillante de entusiasmo, exclamó al momento:

—*¡Si Señor! Yo he creido que Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo, que has venido á este mundo.*

Jesús la recompensó con una sonrisa de inefable expresion, que llenó de paz su alma, y despues la mandó que llamase á su hermana.

Martha echó á correr al castillo; y en cuanto estuvo dentro, se acercó á su hermana; y por temor, sin duda, de que la oyeran los enemigos de Jesús, que se hallaban allí en gran número, la dijo en voz muy baja:

—*El Maestro está aquí, y te llama.*

María, al escucharla, dió un brinco; y saliendo bruscamente del salon, corrió ligera como una corza por el campo, seguida de su hermana.

Las gentes que llenaban la casa y que habian estado contemplando con lástima la dolorosa abstraccion de aquella desdichada, y que la veian súbitamente correr como una loca, se miraban sorprendidas y hacian mil conjeturas, todas de triste augurio para ella.

—*Va á llorar al sepulcro,* decian unos:

—*¡Pobre Mirjham! poco tardará en bajar á él,* contestaban otros. Y los unos tras los otros fueron saliendo en pos de ella.

Poco tardó María en acercarse á su amado Maestro, y en cuanto estuvo junto á Él, se postró á sus piés, y adorándole humildemente, exclamó con vehemencia:

—*¡Señor, si hubieras estado aquí, mi hermano no hubiera muerto!*

Luego, con voz ininteligible, pero con desgarradora desesperacion, murmuró:

—*Pero ¡ay! ¡bien sé yo que mis pecados le han muerto!*

Y á tan horrible pensamiento sintió la desdichada que un velo de inmensa amargura envolvía su alma, herida como un sudario de muerte.

Jesús la contempló un momento con profunda lástima, y de pronto, con un acento dulcísimo de indefinible expresion, la llamó por su nombre.

Ella levantó los ojos enjutos al rostro adorado de su Divino Maestro; y al encontrarse con una de aquellas inefables miradas que son el deliquio amoroso de los espíritus celestes, y que inundan en piélagos de místico deleite las almas de los justos, sintió brotar como un torrente que rompe sus diques.... raudales de lágrimas á sus ojos, olas de sollozos de su comprimido pecho, y conoció al mismo tiempo que desaparecia de su corazon el inmenso peso que la agobiaba, cubriendo una dulce serenidad con sus alas su espíritu conturbado.

Lloraba... y lloraba María, y Martha lloraba tambien estrechándola con amor en sus brazos, y los parientes, los amigos y la mayor

parte de las gentes que presenciaban aquella escena, mezclaban sus lágrimas á las de ellas.

Jesús se puso en pié, y enternecido tambien ante la profunda afliccion de las tristes hermanas, y de la dolorosa emocion que embargaba todos los ánimos, gimió en el suyo, se turbó á Sí mismo, y dijo:

—*¡En dónde le pusisteis?*

Ellas entónces, levantándose contestaron:

—*Ven, Señor, y lo verás.* Y echaron á andar.

Jesús las seguía llorando.

Los judíos, al verle así, exclamaban:

—*¡Ved cómo le amaba!*

Y se asombraban de que siendo tan poderoso en obras, hubiese permitido que muriera un hombre á quien queria de aquel modo.

Entretanto, algunos de los sacerdotes, doctores y algunos enemigos de Jesús que se hallaban presentes, corrian por entre los grupos burlándose de su credulidad y su ignorancia, y les decian con irónico acento por irritarles:

—¿Pues qué? Ese que, segun decís, abrió los ojos del ciego de nacimiento, no pudo hacer que este no muriera?

¿Acaso Jairo, cuya hija decís que resucitó, era más acreedor á su proteccion y á sus favores que Lathzaharr, á quien llamaba amigo?

¿O es que vuestro Profeta ha agotado todo su prodigioso poder en la conversion del agua en vino de Caná, en la multiplicacion de panes en el desierto y en la trasfiguracion del Tabor?

¡Pobres ciegos! Lo que hay es que cuesta ménos simular prodigios y milagros ante los sencillos campesinos de Galilea, que aquí á las puertas de Jerusalem delante de los sábios de la Sinagoga.

Al escuchar estas palabras, aquellos desdichados bajaban confundidos la cabeza, sin saber qué contestar á una pregunta que cada uno de ellos se dirigia interiormente á sí mismo. Y como las masas, impresionables siempre en demasia, cambian rápidamente de sentimientos y de ideas, pasando bruscamente del extremo de la confianza y del entusiasmo á la desconfianza y al desprecio, las insidiosas maniobras de los enemigos de Jesús iban soliviantando contra Él los ánimos.

Ellos, en vista de la favorable disposicion de los espíritus, redoblaban sus esfuerzos con la esperanza y el deseo de provocar un tumulto, á cuyo favor lograrían acaso librarse de aquel Hombre extraor-

dinario que, arrancándoles las máscaras de la hipocresía, les presentaba en su repugnante deformidad á los ojos del supersticioso vulgo.

No habian sido estériles sus trabajos, pues en el momento en que Jesús se ponía en pié, se levantaba de algunos grupos ese sordo murmullo que precede á las tormentas populares; y tal vez hubiera tomado mayores proporciones, si no les hubiera retenido una vaga y misteriosa curiosidad, al ver á Jesús adelantarse con paso firme y seguro hácia la tumba de Lázaro.

Los judíos, como es sabido, enterraban los cadáveres, ó en sepulcros abiertos artificialmente en las rocas, ó en grutas naturales, extraordinariamente abundantes ahora como ántes en Siria.

El de Lázaro pertenecía á los primeros, y se hallaba trabajado con el gusto y el esmero que correspondian á su posicion y su nombre. Como todos los de su clase, tenia la entrada cerrada con una piedra, y Jesús, al acercarse, volvió á gemir, y dijo:

—*¡Quitad la losa!*

Entónces Martha, adelantándose respetuosamente, repuso:

—*¡Señor! ya yede, porque es muerto de cuatro días.*

Jesús, mirándola fijamente, replicó como reprendiéndola por su desconfianza:

—*¿No te he dicho que si creyeres, verás la gloria de Dios?*

Dándola así á entender lo poco que costaría á su poder la resurreccion de un muerto.

Ya los discípulos habian removido la pesada piedra que cubria la gruta, y todo el mundo fijó con avidez los ojos en el oscuro seno del sepulcro, no sin ofenderse del desagradable hedor que salía de él.

Jesús entónces, levantando los brazos y los ojos al cielo, exclamó lentamente y con un acento que hacia vibrar á cada una de sus palabras todas las fibras del corazon.

—*¡Padre! ¡Gracias te doy porque me has oido! Yo bien sabia que siempre me oyes, mas por el pueblo que está alrededor lo dije, para que crean que Tú me has oido!*

En este momento, todas las miradas y todos los corazones, arrastrados por una fuerza magnética, irresistible, estaban pendientes de los ojos de Jesús.

Este dió algunos pasos en direccion al sepulcro, y gritó con voz imperiosa y firme.

—*¡Lázaro, ven fuera!*

Es imposible describir la ansiedad, el anhelo, los sentimientos de curiosidad y de supersticioso terror que embargaban todos los ánimos en aquel supremo instante. Apénas se escuchaba en medio de tan inmensa muchedumbre, más que la angustiosa respiracion de los oprimidos pechos.

Mas de pronto, una estridente exclamacion de estupor y de pavoroso espanto sucedió á aquel lúgubre silencio, al ver destacarse de entre las sombras de la misteriosa caverna una forma blanca, que se adelantaba lentamente cual fatídico fantasma.

—*¡Desatadle y dejadle ir!* gritó Jesús al verle; y en un momento cayeron las vendas que ligaban sus piés y sus manos, y el sudario que cubria su rostro.

—*¡Lathzaharr! ¡Lathzaharr!* gritaba la multitud entusiasmada; y Lázaro, derramando lágrimas de gratitud, se desprendia de los brazos de sus hermanas para arrojarse á las plantas de su Amigo y Salvador.

En vista de esto, los escribas, los sacerdotes y los demás enemigos de Jesús, huían despavoridos por todas partes, sin atreverse en su espanto á volver siquiera el rostro, temiendo ver corriendo tras ellos la temerosa sombra del cadáver de Lázaro.

Este entretanto, con María y Martha á sus lados, se hallaba á los piés del Señor, y los besaba entre sollozos y gemidos, mientras la inmensa multitud que les rodeaba, saliendo de su asombro y su pasmo, se prosternaba tambien ante Él para bendecirle y adorarle.

Solo Jesús, de pié, en medio de aquel mar de cabezas humilladas en tierra, con los brazos cruzados al pecho y su mirada celestial elevada al cielo, murmuraba dulcemente una de aquellas inefables plegarias bebidas desde la eternidad en el seno del Padre; y el tibio rayo del sol poniente, hiriendo con luz fantástica y misteriosa su adorable rostro, rodeaba su frente de una aureola de bendicion y de gloria, mientras los ecos de las montañas llevaban hácia la ciudad incrédula los cantos de la multitud, que ábria de fé y de entusiasmo, clamaba con lágrimas en los ojos:

¡Hossana! Hossana al Hijo de David, al Rey de Israel que ha venido á salvar al pueblo de sus padres!

JUAN V. ARAQUISTAIN.

